

EM2 / CULTURA

Historia / Exposición

«No dejaré que el mundo se olvide de Karski»

Su compañera, Mirecka-Ploss, publicará 'El único hombre al que conté la verdad'

LORETO SÁNCHEZ SEOANE/ Madrid «Entre tres chicas matamos a aquel comandante. Mi amiga Ruth también estaba ahí, ella era mitad alemana, mitad judía. Primero lo dejamos inconsciente y luego lo colgamos de los ganchos que sujetaban los columpios de sus hijas. Fuimos muy crueles, pero teníamos miedo. Nos había violado a todas», narra Kaya Mirecka-Ploss sin parpadear. Ploss nació en Polonia en 1926 y a los 16 años, en plena II Guerra Mundial, fue trasladada a un campo de trabajo de menores en Alemania. Poco después de ser liberada sucedió lo que cuenta en las primeras líneas. Cuando consiguió salir, sólo pensaba en volver a reunirse con su familia. Años atrás, su padre y su hermano habían sido trasladados a campos de concentración. Su madre había muerto antes de la guerra.

La búsqueda le llevó hasta Italia donde entró a formar parte del Segundo Cuerpo del ejército polaco. En 1946, éste se trasladaría a Inglaterra y Kaya no lo dudó ni un momento. Estudió Arte en Londres y años más tarde se mudó a Estados Unidos, donde conoció a Jan Karski, el primer hombre que alertó sobre las actividades nazis durante la guerra y cuyo testimonio fue ignorado por los grandes dirigentes de aquella época. «Nuestra relación duró más de 38 años. Cuando su mujer se suicidó nos unimos en el sufrimiento y aunque nunca nos casamos (hubiese perdido mi pensión de vi-

dedad) vivíamos como un matrimonio», asegura. Karski compartió con Kaya todas sus frustraciones y le habló de cada una de las misiones que había llevado a cabo como miembro de la resistencia polaca. «Un día le pregunté que cuándo había empezado su lucha por el pueblo judío y él me contestó: 'Cuando me encontré a un niño judío, Paul, casi muerto de hambre. En ese momento dejé de ser un soldado y me convertí en un hombre'».

Ahora, la figura de Karski protagoniza una exposición en el Centro Sefarad Israel de Madrid, con diversas fotografías sobre su figura y su periplo. Jan Karski se infiltró en los guetos de Varsovia, fue testigo de muchas de las atrocidades que los nazis cometían en Polonia y se convirtió en los ojos y los oídos de los Aliados. «Cuando el presidente Roosevelt le iba a recibir, él estaba emocionado, convencido de que iban a actuar, a cambiar la suerte de los millones de personas que estaban siendo exterminadas», asegura Ploss sobre su compañero.

«Realmente emanaba esplendor, poder, grandeza... Un líder de la Humanidad», escribió en pasado Karski después de su reunión. «Roosevelt pensó que exageraba, no sabía nada de Polonia. Le preguntó a Jan sobre el ganado y la agricultura del país, creía que no estábamos industrializados. Le dijo: 'Ya nos encargaremos de los alemanes cuando acabe la guerra'. Ni él, ni Anthony Eden, mi-



Kaya Mirecka-Ploss, ayer tras la entrevista. / ENRIQUE GONZÁLEZ VALERO

nistro de Asuntos Exteriores británico, ni los periodistas de renombre le creyeron. Pensaron que nadie era capaz de cometer tales atrocidades. O quizás prefirieron callar ante tanto horror. Se confundieron», recuerda Kaya, que al morir Karski declaró en una entrevista que «se debería juzgar a Roosevelt y Churchill por mirar hacia otro lado. La historia se podría

haber escrito de otra manera si hubiesen escuchado».

Karski fue la memoria del horror y ahora es Kaya la memoria de Karski. Ella conocía «todo sobre él». «Pese a lo que había vivido, a lo que había visto y con lo sufrido por la falta de iniciativa de parte de los dirigentes políticos, era un hombre optimista y extremadamente agrada-

ble. Cuando le conté que maté al comandante, y cómo lo hice, me dijo que no se debe matar a nadie independientemente de la circunstancia. Imaginate. Y eso que era un nazi. Él se sentía culpable por el suicidio de su mujer y cargaba con los seis millones de judíos muertos durante el Holocausto. Siempre le decía que idealizaba a los judíos, y así era, puso su vida en peligro por ellos en más de una ocasión», afirma.

Kaya Mirecka-Ploss sólo le contó su historia a Karski: «El resto no me iba a entender». Cuando el polaco murió, en el año 2000, Ploss le juró durante su entierro en Washington que no permitiría que el mundo se olvidase de él. «He cumplido mi promesa. Me he hecho cargo de todas las instituciones que llevan su nombre y he creado algunas nuevas. Ayudo a los niños huérfanos de Polonia, he comprado los derechos de su obra para salvaguardarla y en septiembre publicaré un libro, *Jan Karski, el hombre al que le conté la verdad*, donde explico como le confesé mi historia». Hace unos años, las memorias del héroe se volvieron a publicar en varios idiomas. Aquí,

«Pensaron que nadie era capaz de cometer tales atrocidades»

«Karski se sentía culpable por no poder haber hecho más por los judíos»

en España, fue la editorial Acantilado. «La gente necesita algo en lo creer, saber que el ser humano existe y Karski es el ejemplo perfecto», aseguró tras la reedición de *Historia de un Estado clandestino*.

ORBYT.es

>Videoanálisis de **L. S. Seoane**.



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO DE VILLENA

La dama vuelta zorro

Nunca como en esta novela corta parece venir tan a pelo la idea *eliotiana* del *minor poet*, extendiéndola a escritor. *Lady into Fox* es un clásico menor de la narrativa inglesa más moderna, es decir, la que creció entorno al ya archifamoso grupo de Bloomsbury. Su autor, **David Garnett** (1892-1981) apenas había publicado nada cuando en 1922 salió *Lady into Fox* convenientemente traducida en la edición española de Periférica como *La dama que se transformó en zorro*, porque aunque la dama en cuestión, Silvia, se

transforma de acuerdo con su sexo en un zorro hembra, donde el inglés no presenta problemas, sería un escollo insalvable y erróneo decir «se transformó en zorra» ¿no?

En el aristocrático campo inglés, a fines del XIX, la elegante señora Tebrick se transforma en zorro y aunque muy consternado inicialmente por el fenómeno, su esposo (y su antigua niñera) tratan de convivir con el fenómeno, incluso vistiéndolo y perfumándolo al animal, que los reconoce, hasta que éste –el zorro hembra– poco a poco va entrando en su condición animal y pide la libertad de los campos y su vida libre... La mujer vuelta zorro (como en las *Metamorfosis* ovidianas) halla su profundo ser en la animalidad que no ha olvidado lo humano, como el señor Tebrick es más feliz cuando se animaliza un poco siguiendo por el campo a su zorro Silvia y a su camada zorruna...

Al final la matan los perros cazadores –como él temía– pero el animal corre a

los brazos del hombre y en el lamento final, el aullido del zorro se mezcla con el grito final de una mujer. El texto (con muchos niveles de significación, una pequeña obra maestra) le encantaría seguro al poeta **Ted Hughes** que tanto creyó en transformaciones y tradujo a **Ovidio**...

El libro ha sido llevado al teatro y aún al ballet, y como digo lo merece. Aunque escribió bastante más y nunca dejó de ser

Garnett apenas había publicado nada cuando salió 'Lady into Fox'

un autor refinado, *Lady into Fox* es acaso el mejor David Garnett, nieto de un sabio erudito y culto narrador victoriano, **Richard Garnett**, cuyos cuentos (*El crepúsculo de los dioses*) fascinaron con razón a **Borges**. Homosexual en un coto cerrado

que lo permitía, David Garnett fue desde muy joven pareja sentimental de **Duncan Grant**, el gran pintor homoerótico de Bloomsbury. Ambos se declararon objetores de conciencia y evitaron la Primera Guerra Mundial. Afecto también a las transformaciones, Duncan terminó casándose con **Vanessa Bell**, hermana de **Virginia Woolf**, a la que gustaban los hombres *distintos*. Tuvieron una hija, **Angélica**, que terminaría casándose a su vez (26 años más joven) con el antiguo novio de su padre, o sea, con nuestro David Garnett, que decía haber estado enamorado de ella desde la cuna...

Como vemos las transformaciones no cesaron, ya que ese es uno de los planos del relato: todos debemos transformarnos para alcanzar la plenitud de nuestro ser, incluso si al zorro hembra lo llamas inicialmente «igatita!». Todos somos Richard Tebrick o Silvia. Sin embargo el encanto de esta novela corta, que sorprende y obliga a pensar es que se lee, a la vez, como un relato amenísimo...